

Doctrina del Concilio Sobre el Ateísmo

Judex.

El Concilio Vaticano II ha sido el primer Concilio que se ha ocupado del problema de los ateos. Todos los anteriores hubieron de ocuparse de herejías, pero tales herejes eran en aquellos tiempos siempre creyentes y cristianos. De este modo el Concilio Vaticano I habló de las pruebas de la existencia de Dios, pero lo que antes se combatía era más bien el deísmo que el ateísmo. ¿Por qué ha creído conveniente el Vaticano II abordar la cuestión del ateísmo como lo ha hecho?

Porque era necesario situar a la Iglesia en medio del mundo actual, mundo que está marcado por la señal del ateísmo. Este fenómeno era en otros tiempos un fenómeno más bien individual, había espíritus fuertes que se declaraban ateos. Pero en nuestros días el ateísmo ha tomado una forma colectiva y hasta los mismos Estados proclaman por sus gobiernos que la fe en Dios no es algo "científico" y organizan campañas en contra de la profesión de esta fe.¹

En estos países el ateísmo se ha hecho sistemático y según las palabras del Cardenal Seper "hereditario".

Espíritu con el que se ha estudiado.

Como los países que están bajo el dominio del comunismo son los que presentan el problema en su forma más aguda, el Concilio ha tenido sobre todo en cuenta el ateísmo marxista, aunque, no es necesario decirlo, todas las formas de ateísmo han sido también consideradas. ¿Cuál ha sido el espíritu con el que se han estudiado?

Se han seguido en este punto capital las sugerencias de Juan XXIII. Como lo recordó en una de las sesiones el Arzobispo de Reims Mons. Marty, el Papa había declarado:

"Es justo distinguir siempre entre el error y los que están en el error... entre el hombre que está en el error y que continúa siendo un ser humano y guarda su dignidad de ser humano, lo que hace que deba ser siempre respetado".

Durante el curso de estas discusiones hubo quien se opuso a esta prudente recomendación. Mons. Elko, Obispo de Pittsburgh, habló con fuerza contra el "materialismo dialéctico" y lo

comparó con cierta exageración con "la bestia del Apocalipsis", aunque reconoció igualmente que la famosa meditación de San Ignacio sobre las dos banderas tenía el peligro de poner bajo la de Lucifer a tal o cual grupo de seres humanos.

Se adujo también un segundo texto de Juan XXIII. Se dijo allí que las doctrinas una vez definidas continúan sin cambio, mientras que los movimientos que brotan de ellas entran en la evolución general del mundo y se hallan sujetos a cambios continuos. El Nacionalismo puede reemplazar al Internacionalismo. La noción del beneficio puede reaparecer y llegar a cambiar la práctica económica, etc.

Se discutió mucho en el Concilio sobre todos estos aspectos del problema y sobre la oportunidad de una condenación. Hubo quien hizo observar que el silencio era una manera de consentimiento. Pero la comisión responsable del Esquema 13 rechazó la idea de una condenación y los obispos que habitan en países bajo régimen comunista consideraron esta condenación como inoportuna. Finalmente el Concilio estimó con el Papa Juan que era preferible "la unción de la piedad a las armas de la severidad".

La sección que condena el ateísmo en el Esquema 13 fue sometida a una subcomisión compuesta por los Cardenales Koenig y Seper con los Padres De Lubac y Danielou por expertos. Esta subcomisión declaró que había dos Padres que exigían una condenación explícita al marxismo pero que no se debía tenerlos en cuenta, lo cual levantó una tempestad de protestas en la Asamblea Conciliar, porque los dos votos representaban aproximadamente a 450 Padres Conciliares.²

Según la Comisión bastaba con lo que se inculcaba sin añadir condena ninguna porque:

Primero, los ateos podrían reconocer se trataba de ellos por la pintura que de ellos se hace en el texto.

Segundo, no podrían dejar de comprender que la Iglesia estima que el ateísmo es una amputación de la razón humana.

2. Esta cifra se consideró exagerada por algunos, pero era ciertamente considerable.

La Comisión, por un error poco explicable, no fue informada correctamente del número de votos que pedían la condena del comunismo. Como en todo caso esta cifra de 450 no llegaba al tercio del número de Padres exigido para tener en cuenta esta petición, la decisión de la Subcomisión prevaleció y no pudo ser objeto de ninguna censura.

1. Véase por ejemplo el famoso plan Ilitchev de Rusia. "ECA", 1964, pp. 220 y 256.

Tercero, y sobre todo deberían persuadirse que la Iglesia no quiere tratarlos sino amorosamente.

La Constitución de la Iglesia en el mundo actual.

En el capítulo primero de este documento que se titula "La dignidad de la persona humana" es donde se inserta la doctrina sobre el ateísmo.

"La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios", comienza el texto en su número 19. Y añade poco después: "Son muchos sin embargo los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo".

A continuación expone el Concilio las diversas realidades que se representan con la palabra ateísmo.

Diversas formas de ateísmo.

- 1.—Hay ateos que niegan expresamente a Dios.
- 2.—Otros afirman que nada puede decirse acerca de Dios.
- 3.—Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal que reputan como inútil el mismo planteamiento de la cuestión.
- 4.—Los hay que rechazan sin excepción toda verdad absoluta.
- 5.—Hay quienes exaltan tanto al hombre que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, al parecer, la afirmación del hombre que la negación de Dios.
- 6.—Los hay que imaginan un Dios rechazado por ellos que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio.
- 7.—Otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, como si no sintieran inquietud religiosa alguna y no advirtieran el motivo de preocuparse por el hecho religioso.
- 8.—El ateísmo nace a veces como violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo.
- 9.—Se da a veces un valor exagerado a ciertos bienes humanos que se consideran prácticamente como substitutivos del mismo Dios.
- 10.—La misma civilización moderna, no en sí misma, pero sí por su sobrecarga de apego a la tierra, puede dificultar en grado notable el acceso del hombre a Dios.

Responsabilidad de los creyentes.

Concluye esta enumeración afirmando que los que voluntariamente aparten su corazón de Dios no carecen de culpa, pero añade que también los creyentes pueden tener en esto su parte de responsabilidad. Las razones para ello son el que acaso se haya expuesto la doctrina religiosa de una manera deficiente y también el que la conducta de los fieles no haya revelado sino más bien velado el verdadero rostro de Dios y de la religión.

Remedio al ateísmo.

Después de reprobar estas funestas doctrinas, afirma el texto que la Iglesia se esfuerza por descubrir en la mente de los ateos las causas más recónditas de esta negación de Dios; afirma que el reconocimiento de Dios no se opone en ninguna manera a la dignidad humana, ni la importancia de los deberes terrenos disminuye por la esperanza del más allá.

El remedio se ha de esperar ya de la doctrina expuesta como es debido ya de la entera vida de la Iglesia y de sus miembros, pues es deber de la Iglesia hacer presente y casi visible a Dios Padre y a su Hijo encarnado, renovándose y purificándose continuamente bajo la gracia del Espíritu Santo. En una palabra la caridad hacia todos los hombres ha de ser el medio que ha de atraer a éstos al conocimiento de Dios.

El diálogo.

La Iglesia reconoce que todos los hombres sean o no creyentes deben habitar en común un mismo mundo y que todos deben colaborar en su debida edificación, lo cual ciertamente no se podrá hacer sin un sincero y prudente diálogo.

Se queja al mismo tiempo de cómo algunas autoridades establecen esta discriminación entre creyentes y no creyentes, sin reconocer los derechos fundamentales de la persona humana, alusión evidente al comunismo y a los países sometidos por éste.

Termina el Concilio afirmando que el misterio del hombre no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo encarnado, e insistiendo una vez más en que para manifestar la presencia de Dios en el mundo lo más importante es la caridad fraterna de los fieles, los cuales unánimes en su espíritu, colaboran con la fe del Evangelio y se muestran como signo de unidad.

En resumen la presencia de Dios en el mundo se opera por la presencia en el mundo de la Iglesia y de sus miembros.